

# ARGENTINA: Razón de una sinrazón

JOSE RICARDO ELIASCHEV (1)

Por encima del número casi interminable de aspectos que ofrece para el análisis el alucinante proceso de la crisis argentina, existe un ángulo particularmente dramático, con el cual se afronta todo aquel que quiere entender qué está pasando en la nación del Sur. Pocas situaciones han sido tan condicionadas por la irracionalidad cuando se pretendió someterlas al prisma demitificador de un análisis dialéctico. Queda para los curiosos inventariar la cifra alarmante de perspectivas mágicas echadas a dar la vuelta al mundo para dar cuenta intelectual de lo que sucede en Argentina.

Plantear la posibilidad de que, en medio del vertiginoso caos de la crisis argentina, exista "una razón" capaz de abarcar y concebir la presunta irracionalidad del proceso es —tal vez— una de las tareas más impenosas que puedan darse quienes intentan aportar desde perspectivas diferentes a una solución global (y por lo tanto plural) del drama iniciado el 11 de marzo de 1973, cuando el 50 por ciento de los argentinos llevó a Héctor Cámpora a la presidencia de la Nación.

La desgracia mágica ha sido uno de los principales testimonios de incapacidad para concebir ese proceso. No fueron escasos los observadores serios, en Europa occidental, los Estados Unidos y América Latina, que quisieron avanzar en una comprensión del proceso haciendo hincapié en el modo mediante el cual la actual presidente argentina, la señora María Estela Martínez de Perón, (a) Isabelita, se ganó su vida hasta que entabló relaciones con el Teniente general Juan Perón. Allí esta-

(1) Periodista argentino, actualmente radicado en Caracas.

ba la variante moralista. Argentina estaba donde estaba porque a su frente se hallaba una ex-bailarina de cabaret. —lo cual —además— demostraría que Perón tenía debilidad por las mujeres de vida ligera.

Abundó también la especie de aquellos que se abalanzaban a la crisis argentina acentuando el hecho de que el secretario privado de Perón, y ahora de Isabelita, el señor José López Rega (ministro, además, de Bienestar Social) fuese un iniciado en la astrología y demás ciencias ocultas, lo cual —se postulaba— sería la fuente de su extraordinario poder, primero en el exilio de Madrid y luego en el poder de Buenos Aires. Se mostraba así la óptica mitológica. Argentina estaba siendo gobernada por una pandilla de espiritistas, que mediante juegos inconcebibles para el común de la gente se las ingeniaba para acumular su siempre creciente poder político y económico.

Estaban, también, los desconocidos de siempre, aquellos que estructuraban su análisis sobre una verdad tan gruesa como gaseosa: el diabólico artificio populista de una burguesía bonapartista había engañado a las masas y estaba terminando de humillar a la izquierda. A la cabeza de dicho dispositivo todopoderoso (populismo burgués bonapartista), un militar endemoniado —Juan Perón— se reía de la lucha de clases y negociaba con los Estados Unidos. La izquierda, según este prisma, había sido vejada una y otra vez por "el populismo", demostrando su incapacidad para forjar un partido de clase, con ideología revolucionaria y organización leninista. Las masas, finalmente, no habían vivido sino una enajenación de sí mismas al asumir como conciencia propia formas generadas de la colaboración de clases y como definitivos valores pequeño-burgueses, de corto vuelo reformista. Este era el ángulo "ortodoxo" para comprender el



proceso: la siempre hábil burguesía, las siempre ingenuas y engañadas masas populares, la siempre torpe e ineficaz izquierda.

Aunque francamente atrabiliaria, tampoco faltó la vertiente ultramontana, aquella que entendía a la Argentina como campo de batalla de super poderes ajenos al proceso interno del país. Los fascistas afirman, así, que una estrambótica conjunción de fuerzas internacionales, operando desde una potencia extranjera, han sumado esfuerzos para combatir a la Argentina. Son "el mal" que batalla contra "el bien", militando en sus filas los siguientes poderes planetarios: el judaísmo, el capitalismo, la Iglesia, la Masonería, el marxismo.

La alianza de Roma, Moscú, Washington, Jerusalem habría determinado que en Argentina (país al cual el gobierno de Isabelita concibe como una futura "potencia") debe dar su guerra definitiva contra el bien, encarnado por el llamado "nacional-justicialismo", uno de los numerosos nombres de la "tercera posición" diseñada por Perón ("ni yanquis, ni marxistas, peronistas").

Ni cortos ni perezosos, los maoístas argentinos (al menos aquellos que integran el PC "revolucionario") piensan que todo se reduce a una lucha entre dos "imperios", cada uno de los cuales se halla respaldada por un sector interno de la burguesía nacional. Los Estados Unidos y la Unión Soviética, dicen los maoístas, se disputan fieramente a la Argentina, hay —pues— una burguesía "proyanqui" y otra burguesía "prosoviética". En el medio, perseverando en un sendero "nacionalista", la Presidente Isabelita y el Señor López Rega.

Esta óptica se apoya sobre una concepción conspiratoria externa, de la reali-



dad grandes potencias librando combates, a pesar y por encima de los pueblos y las naciones. Para los fascistas es la "sinarquía" de los cinco grandes conjurados del planeta, para los maoístas son la URSS y los Estados Unidos.

Hasta aquí se vienen enumerando vanas alternativas, haciendo una referencia crítica de las mismas. ¿Quiere ésto decir que ninguna de ellas es válida, o que —al menos— no condensan un segmento de realidad? Por cierto que hay una validez parcial o tangencial en todas ellas, sólo que esa verdad es necesario entenderla dentro de un nuevo conjunto, superior, más rico, diferente.

No es un hecho ajeno a la realidad de Argentina el que una mujer de las condiciones y antecedentes de Isabelita haya llegado a la Presidencia. Tampoco debe despreciarse el referente de que una especie de sacerdote espiritista haya devenido el hombre de mayor poder en una de las naciones principales de Latinoamérica. Los coquetos de la burguesía argentina con el imperialismo, su deshojar la margarita, son tan ciertos como lo es el raquitismo orgánico de las ideas revolucionarias socialistas. Los intereses de grandes potencias no pueden ser descartadas. Sin embargo, ni moralistas, ni mitológicos, ni ortodoxos, ni conspirativos aciertan. Argentina no se halla donde se halla por culpa de bailarinas de cabaret, sacerdotes espiritistas, potencias siniestramente conjuradas y diabólicos e imprevisibles burgueses.

Afirmar todo esto presupone el arduo interrogante consecuente, ¿cómo debe, pues, intentarse el análisis de lo que sucede en Argentina?

\* La necesidad de un "racconto"

Es legítimo preguntarse acerca de

las intenciones profundas de Perón en todo el arco de tiempo que transcurre durante el gobierno de Alejandro Lanusse, o sea cuando las Fuerzas Armadas argentinas diseñan su concepción del "gran acuerdo nacional" (GAN). Este proyecto sustentaba el agotamiento de toda una era, inaugurada el 16 de septiembre de 1955, caracterizada por la proscripción política de las masas populares, mediante el ostracismo de su representación política, el peronismo. Hacia marzo de 1971, cuando el General Lanusse destituye a su anodino colega de armas Roberto Levingston, la derecha argentina y sus aliados llevaban acumulados más de 15 años tratando de construir un imposible equilibrio político, mediante la proscripción del peronismo. Todas las variantes, como se sabe, fueron intentadas, haciendo girar al eje del país sobre una perspectiva que al cabo de los años se habría de revelar como estéril.

Un movimiento de masas, que en el peor de los casos encarnaba el 40 por ciento de los argentinos, pero que podía llegar a acumular a más del 60 por ciento, había sido dejado fuera del juego político. Le quedaba la alternativa de apoyar pasivamente a aquellas fuerzas que supiesen halagarlo o plantear programas cercanos al del peronismo, volcarse tras determinada aventura militar o simplemente arrojarlo de frente contra el sistema liberal-parlamentario, cuestionando su infraestructura capitalista y desafiando al poder militar de las Fuerzas Armadas regulares. Ninguna de estas tres alternativas (la integración, el golpismo y la subversión) fueron jamás, descartadas por Perón, que evolucionó de una a otra, asumiendo muy a menudo dos de ellas simultáneamente y hasta tres a la vez.

Pero hacia 1971 la burguesía estaba exhausta y carecía de poder para seguir peleando contra la realidad. El formida-

ble e incontrolable brote guerrillero partido desde el peronismo, el cual de hecho trabajaba en una comunidad de acción táctica con los revolucionarios marxistas, había puesto contra la pared al régimen de ahora en más, la proscripción política de los trabajadores argentinos no habría sino de apurar su camino hacia formas mucho más virulentas y radicales de enfrentamiento con el sistema.

El país necesitaba un "gran acuerdo", fue la tesis de los militares y del bloque de poder que ellos encabezaban. Una formulación política, cuyo núcleo era la incapacidad orgánica —revelada hasta ese entonces— del sistema democrático-liberal para digerir en su seno a la expresión de los sectores populares, había agotado su validez.

La proscripción política de los trabajadores argentinos era el apellido institucional de un hecho más profundo: el país había sido gobernado desde 1955 por diversos sectores y capas de la burguesía, cuyas principales diferencias eran el grado de autonomía (siempre precario) que osaban desarrollar frente a los Estados Unidos.

La gran cuestión era el modelo de desarrollo que debía acompañar a la inevitable legitimación de la política argentina si las masas eran autorizadas a ingresar al juego de las instituciones, ¿qué tipo de relación asumiría el país —por ejemplo— frente a los Estados Unidos? ¿Cuál sería el grado de participación de los trabajadores en el ingreso nacional? En una palabra, restaba por ver si el acceso de los trabajadores peronistas a la superestructura implicaba también aquello que los liberales denominan una "democratización de la economía".

En tal sentido, los estrategas civiles del poder militar soñaban con alguna re-

edición de los modelos mexicanos y venezolanos. En el primer caso, una revolución que se llama a sí misma "institucionalizada", con un presidente electo desde adentro del régimen para luego ser convalidado en acto formal por el pueblo, y con la comparsa lujosa de dos oposiciones, la derecha (Partido de Acción Nacional) y la izquierdista (Partido Popular Socialista). Un verdadero conjunto coherente, un armazón institucional sólido, con la incorporación orgánica de las Fuerzas Armadas y los sindicatos. Un cadáver de la revolución, una verdadera administración del capitalismo mexicano.

La experiencia "acción democrática" en Venezuela revelaba, luego de 1958, las posibilidades de una burguesía nacional para tolerar la democracia parlamentaria, respetar al pie de la letra las decisiones del electorado y armar —con vasto consenso popular— un Estado de impecable representatividad, equipado mejor que cualquier otra alternativa para manejar el crecimiento del capitalismo venezolano.

En Argentina, los más lúcidos llegaron a esa conclusión. ¿por qué no hacer del peronismo una nueva experiencia de integración popular a un modelo de capitalismo independiente?

Por eso, cuando el "gran acuerdo nacional" diseñado por Lanusse se fue desarrollando en el tiempo, Perón admitió jugar a esa propuesta, sin permitir que se supiese —como verdad popular— si su proyecto era derribar a los militares para otorgarle mayor representatividad a un sistema equivalente de crecimiento capitalista, o si tal vez se proponía dar la batalla política como preámbulo de una guerra de vasto alcance contra "la dependencia" frasecita-clisé acuñada por el peronismo para nombrar a las consecuencias del crecimiento dependiente del país. Si dicha guerra habría de ser de vasto alcance entonces, no quedaba al peronismo otro desemboque que alguna forma de socialismo. Conversando en Madrid con los cineastas Fernando Solanas y Octavio Getino (dos ex comunistas), Perón lanzó en plena lucha contra la dictadura militar su legendaria idea del "socialismo nacional", como parte de lo que él mismo llamó "actualización doctrinaria".

Perón admitía que su doctrina, que nunca había hablado de socializar los medios de producción y sí de lograr una armónica concertación entre capitalistas y trabajadores debía ser actualizada. Estigmatizaba lo que él llamaba las formas "internacionales" y "dogmáticas" del socialismo (en una curiosa similitud en el tiempo y los conceptos con la idea de "socialismo a la venezolana" diseñada por Teodoro Petkoff para el Movimiento al Socialismo (MAS) de Venezuela), pero

admitía una batalla frontal contra los Estados Unidos y se pronunciaba por formas socialistas de desarrollo nacional.

Finalmente, desde Madrid, Perón no sólo no condenaba a los jóvenes guerrilleros que estaban subvirtiendo al país en su nombre, sino que incluso los alentaba y los avalaba. Él se reservaba el puesto de intocable, pero su espectro era tan amplio que le permitía ser a la vez jefe espiritual de una formidable organización guerrillera (los Montoneros) y activo dialoguista con las principales encarnaciones del poder establecido.

Por ese Perón filo-socialista y proguerrillero se inclinaba la abrumadora mayoría de la nueva generación. Por el Perón capitalista y contrarrevolucionario votaba la derecha argentina, no en las urnas de los comicios, sino en los conciliábulos de los barnos elegantes de Buenos Aires. Finalmente, ¿Perón era un enemigo?

#### \* La gran ilusión.

Al margen de que el proceso vino a demostrar que la segunda alternativa era más sólida que la primera, el fenómeno del regreso del peronismo al poder político produjo, en el tiempo, una situación traumática, llamada a tener consecuencias gruesas en el futuro: mediato.

Si no se elige la variante psicológica para analizar el proceso (¿Perón quiso, pudo, deseó seguir un camino que abriese las puertas a una perspectiva revolucionaria?), resulta evidente concluir que la resultante no fue sino la variable previsible: dadas las fuerzas que operaban en el escenario. Al ser liquidado Campora el 13 de julio de 1973 (apenas 49 días después de haber asumido la presidencia), el rumbo habrá de ser francamente reaccionario. Salvo esporádicas alternativas, el gobierno interno que durante 90 días desempeña Raúl Lastiri, los casi 9 meses que Perón alcanza a ejercer la primera magistratura y —desde el 1º de julio de 1974— la experiencia concreta de su viuda Isabelita al frente del Gobierno, ratifican que el peronismo ha resuelto, en tanto estructura política y proyecto ideológico, vaciar sus contenidos populares y articular alianzas hacia la derecha —hacia las Fuerzas Armadas, hacia los Estados Unidos, hacia los regímenes reaccionarios de naciones vecinas, hacia sectores reaccionarios vernáculos.

Que la cohorte íntima de Perón haya rumbeado para la derecha no causaba asombro a la izquierda peronista, que tal vez fue ingenua, pero en ningún caso imbecil. Lo brutal era que Perón se asumiese como el mariscal de campo del viaje hacia la reacción.

Los autosuficientes de la izquierda miraban con soberbia el desarrollo concre-

to del drama susurrando que ya lo habían previsto. A ellos les sobraba la estéril lucidez ideológica que les permitía entender todo, sin poder gravitar en nada. A los Montoneros, en cambio, les puede haber faltado sin duda la perspicacia política profunda (derivante de una elaboración conceptual más sana) para prever antes el destino que asumiría el proceso, pero les sobró gravitación, peso y éxitos políticos, como para convertirse en estrella deslumbrante del firmamento político argentino. He ahí uno de los trágicos aspectos del divorcio: un aparato ideológico perfectamente inútil y una gravitación política vulnerable y en definitiva gaseosa.

Como marco de todo esto, miles de jóvenes y militantes defraudados en una experiencia, amargados y derrotados. El peronismo había parido un monstruo, llamado "triple A". Esta dimensión vivencial ha sido probablemente la menos estudiada por esas personas que gustan llamarse "comentastas". Ha habido un fenómeno brutal, ubérrimo de significancias, conmovedor: el 1º de mayo de 1974, miles de jóvenes de la izquierda peronista abandonan la Plaza de Mayo de Buenos Aires mientras habla el viejo General. Perón acaba de hacer el elogio de los corrompidos y desprestigiados dirigentes de la burocracia sindical. Encuadrada por sus dirigentes Montoneros y gritando sus consignas, la juventud había clamado, desesperada, "que pasa General, que esta lleno de gorilas el gobierno popular?". Como respuesta, irritado y viejo, Perón no tuvo mejor idea que calificar a esos miles de esperanzados con palabras tan duras como no había usado nunca: mercenarios estúpidos, imberbes.

Desde la piel para adentro, esa gente dio la espalda al viejo General y emprendió el regreso, ¿a dónde? Las grandes pancartas de los Montoneros, los estandartes, encabezaron la manifestación en sentido contrario. Como aletargada y confusa, esa juventud ya no vivaba al Perón que había quedado en la Plaza hablandoles a algunos pocos miles de sus fieles. Nadie



ha determinado con precisión qué sucedió en ese momento. Hasta un hombre que escribe en los principales medios del sistema para tratar de forjar una doctrina de subsistencia del mismo, el comentarista Mariano Grondona, creyó oportuno horas después de los hechos alarmarse e interrogarse por el destino que esperaba a esas decenas de miles de desesperanzados jóvenes peronistas. Desde la derecha, el hombre se inquietaba. ¿no había sido el General demasiado duro con esos muchachos? ¿No se los estaba arrojando —ahora sí— en brazos de la subversión marxista? Había que reflexionar sobre esa quebra espiritual acaecida en el mediodía del 1º de mayo de 1974, indicaba el comentarista, porque el destino de toda una ancha faja de la nueva generación se hallaba en juego.

Con su estúpida soberbia de siempre, la izquierda de las certidumbres totales y la esterilidad más pavorosa, se regocijó con los sucesos y dedicó sus esfuerzos a impartir nuevas lecciones. A la manera de los europeos, enseñaban el “cómo”, el “cuándo”, el “por qué” y el “para qué”. No tenían ni audacia, ni talento, ni entereza revolucionaria para asumir toda la maravillosa gravedad del evento. No la tuvieron.

La muerte de Perón acongojó a los argentinos y abrió un paréntesis que la derecha justicialista cerró enseguida. Si en vida del General se había apresurado un proceso de defenestración de los exponentes populares y progresivos de su gobierno (la sucia liquidación de los gobernadores provinciales Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano, implementada por la rabiosa derecha peronista, tuvieron el aval explícito de Perón), a su muerte el dúo Isabelita-López Rega no tuvo más que

perseverar con mayor audacia en el sendero trazado. Las universidades, en manos de la izquierda peronista, fueron frontalmente atacadas y se puso al frente del Ministerio de Educación a un anciano fascista llamado Oscar Ivanissevich, que en su primer discurso público mencionó entre sus pensadores predilectos a Richard Nixon, el hombre a quien la Justicia de los Estados Unidos perdonó piadosamente sus numerosos y pequeños robos a lo largo de una inmundada carrera política.

La “ley y el orden” habían llegado. Ya Perón había contratado a un célebre torturador de la época de la dictadura militar, el policía Alberto Villar, para dirigir a escala federal el aparato de represión, secundado por un maniaco sexual llamado Luis Margande, quien en los primeros años de la década del 60’ dirigía patrullas policiales contra los hoteles “por hora” de Buenos Aires, encarcelando a las parejas que ocupaban habitaciones sin estar casadas. Meses más tarde, Villar saltaba por el aire en su yacht, víctima de un ajusticiamiento de los Montoneros, pasando la jefatura de la Policía Federal a manos del hombre de los hoteles, Margande.

El nuevo rector de la Universidad de Buenos Aires, otro fascista confeso llamado Alberto Ottalagano, se ufana “hay que elegir entre marxismo y justicialismo”. La oposición liberal se crispaba.

Al último Rector de la Universidad, Raúl Laguzzi, una bomba le mató a su único hijo de cuatro meses. Las autoridades oficiales indicaron, sibilantemente, que quien “a hierro mata, a hierro muere”. La ley de la selva avanzaba sin pausas sobre Argentina. El 31 de julio, luego de varios operativos medianos, la “Alianza Anticomunista Argentina” (triple A) emergía

plenamente a la luz asesinando al diputado Rodolfo Ortega Peña, tal vez el más poderoso y brillante polemista y tribuno del peronismo revolucionario en los últimos 10 años. Había comenzado el baño de sangre. Un cable de la Associated Press publicado el 3 de enero de este año por El Universal de Caracas hablaba, —para el período comprendido entre la muerte de Perón, el 1º de julio, y el 31 de diciembre— de una cifra de “unos 200 muertos”. Más detallista, la United Press Internacional afirmaba al día siguiente en El Nacional de la misma ciudad que en el curso del año 1974 se habían registrado 227 asesinatos políticos, 127 de los cuales habían hecho blanco en militantes y activistas de la izquierda, peronistas o no. El 26 de enero, Robert Sullivan, de la UPI, encabezaba un cable fechado en Buenos Aires y publicado ese día por El Nacional así. “A los 22 meses de que la Argentina eligió un ‘gobierno popular’, para poner fin a un régimen militar, la mayoría de los izquierdistas que apoyaron a ese gobierno está presa, exiliada, muerta o en la clandestinidad”.

El norteamericano describía así, más adelante, el panorama. “Los sindicatos izquierdistas han sido intervenidos por el gobierno, gobernadores provinciales electos, de tendencias izquierdistas, han sido reemplazados por interventores federales y las publicaciones de izquierda han sido clausuradas. Miles de supuestos izquierdistas han sido arrestados bajo las disposiciones del estado de sitio y grupos terroristas de derecha actúan con aparente impunidad, ‘ejecutando’ sumariamente a supuestos guerrilleros marxistas o sus simpatizantes. La señora de Perón dice que su gobierno es un ‘gobierno popular’ que está luchando por la liberación nacional del capitalismo internacional y mantiene estrechos vínculos económicos y diplomáticos con países comunistas, incluso Cuba. Al mismo tiempo envió a Nueva York a su ministro de economía, Alfredo Gómez Morales, para discutir planes de inversión con el Banco Chase Manhattan, Exxon y St Joe Mining, entre otras. Al promediar el mes, mientras el gobierno agasajaba a una misión de varios diputados soviéticos, siete personas fueron asesinadas, aparentemente sospechosas de ser marxistas. La policía, que se ha tornado crecientemente efectiva en el arresto de guerrilleros de izquierda, responsables de crímenes y asesinatos, no ha realizado ningún arresto entre los miembros de los grupos estilo escuadrón de la muerte que matan a los izquierdistas ( ) El movimiento obrero, base del apoyo al peronismo, ha sido puesto en manos de peronistas ortodoxos o conservadores. Los sindicatos locales que intentaron seguir una línea socialista militante, incluso el sindicato gráfico de Bue-



nos Aires y los poderosos gremios del automóvil y de Luz y Fuerza en la provincia de Córdoba, han sido intervenidos por el Gobierno"

Por esta vez, el desolador panorama pintado por el corresponsal de la UPI se ajustaba a la realidad. La habilidad del gobierno justicialista había logrado que ningún medio de comunicación de todo el campo socialista se animase a publicar comentario semejante al de la agencia norteamericana.

#### \* Preguntas por la sangre.

Entre los variados interrogantes que se formula en el exterior a los argentinos que se han alejado de su país debido a la situación previamente descrita, hay uno que aparece reiteradamente. El grado de salvajismo y brutalidad desarrollado y ejercido por el gobierno peronista a través de la "triple A" no tiene parangones con el conjunto de la historia política del país. ¿Por qué? ¿Por qué esos asesinatos atroces, en los cuales la víctima aparece acbñillada con 50 balazos y la boca amordazada? ¿Por qué ese ensañamiento con gente habitualmente joven? ¿Por qué han caído personalidades tan relevantes como el abogado Ortega Peña, el profesor Silvio Frondizi, Julio Troxler (todo un símbolo de la Resistencia Peronista en las postrimerías de los '50), el sacerdote Carlos Mugica, el ex vicegobernador cordobés Atilio López?

Los propios observadores argentinos cayeron en la trampa y ahora se arrepienten de cuando, perpetrando el célebre engrimiento argentino, afirmaban que su país no era Guatemala. No lo era, fue peor todavía. El engaño consistía en imaginar una Argentina históricamente bucólica, donde en realidad hubo siempre violencia. Parecido error al de imaginar un Chile con Fuerzas Armadas herbívoras, que entre el 10 y el 11 de septiembre del '73 se convirtieron en carnívoras y comenzaron a decorar.

Las luchas populares armadas del siglo 19 revelaron un grado de violencia de masas notable y la conformación del país fue producto de una solución igualmente violenta impuesta por la oligarquía de fines de siglo. Luego, con el correr de la actual centuria, esa violencia como tejido de articulación política, estalló periódicamente, recordando a cada momento a quien lo hubiese olvidado que el sistema institucional argentino seguía montado sobre una estructura fundamentalmente injusta.

Cabe puntualizar, de todos modos que el surgimiento de la "triple A" es posible entre muchos otros factores por la siempre viva tendencia que tuvo Perón de rodearse de elementos de la extrema dere-

cha y su innegable tentación de alentar soluciones de exterminio contra aquellas variables del proceso que —desde la izquierda— cuestionaban su hegemonía. No son pocos los argentinos que prefirieron no ocultar la responsabilidad de Perón en la terrible masacre del 20 de junio de 1973 en las cercanías del aeropuerto internacional de Ezeiza, cuando bandas armadas dirigidas por personajes extremadamente allegados a Perón y a López Rega (el actual embajador en el Paraguay, Jorge Osinde, la actual asesora presidencial Norma Kennedy, el diputado Alberto Brito Lima) dispararon contra la multitud que había concurrido como nunca se recuerda en la historia occidental (¿cuántos eran, un millón, dos millones?) para recibir al Líder que regresaba para siempre del largo exilio.

La "triple A", una organización de profesionales del homicidio, fanáticos, eficaces y bien pagados, no pudo haber emergido de pronto como una burbuja de gas, hubo antes un fuego lento que la fue cocinando, mientras Juan Perón era presidente de los argentinos.

Su violencia inaudita, el concreto terror que impuso en la vida argentina, tampoco pueden quedar reclusos en el terreno ideológico puro. Vale decir no es obra de un grupo de fascistas con poder real en la estructura de gobierno. O al menos no lo es simplemente.

Quizá debamos inclinarnos por pensar que entre las necesidades estructurales del sistema dependiente, hundiendo sus raíces en una historia de violencia como sintaxis propia del acontecer argentino, la "triple A" no es más que aquello que en la fatídica madrugada del 22 de agosto de 1972 en Trelew apareció como una bocanada de horror circunstancial, pero ahora sistematizado, encadenado, con lógica y organización permanente. Los hombres de la "triple A", militantes encuadrados en el Partido de Trelew (+), vienen a corroborar que si la vida de los seres humanos se ha degradado tan abismalmente en Argentina es porque el sistema en su conjunto revela un deterioro tan global como profundo.

El proyecto de Perón, la paradisiaca concertación entre el capital y el trabajo, se hace añicos poco después de su muerte. El "pacto social" que suponía una congelación tanto de los precios como de los salarios no puede ser ejercido porque el fenómeno inflacionario corroe los precios y —por lo tanto— destroza el poder adquisitivo de los salarios. A la defensiva y cerrilmente conservador, el peronismo en el poder ya no propone su prometida redistribución moderada pero radical de la riqueza, sino que se conforma apenas con intentar detener el proceso de destrucción del salario obrero. El gobierno peronista ha querido congelar la lucha

de clases, pero el "topo de la historia", (como la solía llamar Silvio Frondizi) ha seguido excavando el subsuelo desequilibrando los más hermosos castillos de naipes. Ahora hace llamados al incremento de la productividad y promete a las empresas mayores márgenes de rentabilidad.

Explotando una vez más su afición incorregible por lo lúdico, el gobierno peronista ejerce un antimperialismo superficial y cínico. "argentinizando" empresas obsoletas, luego de pagar jugosas indemnizaciones a sus felices propietarios (Siemens, Standard Electri). Cuando la sinrazón del esquema económico de la concertación se ha revelado íntegramente, se retira del gabinete el ministro de economía José Gelbard, retrato vivo del burgués nacional argentino tratando de caminar por la cornisa sin romper con el imperalismo y haciendo negocios con el socialismo. Sobreviene el "desabastecimiento" porque una faja respetable del capitalismo nacional se siente irritada por lo que experimenta como una parálisis de sus rentabilidades. La desaparición de productos de primera necesidad (angustiosamente denunciada en Plaza de Mayo por Perón, el 12 de junio de 1974, en su última aparición pública) encuentra al gobierno en la paradójica situación de verse enfrentado con enemigos a los cuales imaginaba como socios.

Este enervamiento estructural, sumado a la particular precipitación química determinada por la reacción de la "triple A" ante el desarrollo en el país de corrientes revolucionarias con apoyo de masas, se halla en la base de la violencia reaccionaria en curso.

Aquella izquierda que no optó por la grotesca soberbia de los "ortodoxos", pero que tampoco anudó sus proyectos, con un criterio oportunista, a los del gobierno, la izquierda que contempla con pena e impotencia cómo se consume a sí mismo en un heroísmo sin traducción política posible el guerrillismo del ERP, pensaba que seguía naciendo de la izquierda peronista la vertiente más fecunda, una gnativa y políticamente viable que existe en Argentina. Cuando el 6 de septiembre último los Montoneros anunciaron que pasaban íntegramente a la "resistencia popular" contra el gobierno, se afirmó una alternativa que se nutre de la violencia individual como gran hacedora de las realidades políticas.

La posibilidad, recientemente planteada por los Montoneros, de asumir al juego político como una obligación, de admitir el desafío que impone reclamar y ganar un consenso articulado de las masas, abre una esperanza, relacionada con la posibilidad de que Argentina conjugue y resuelva su aparentemente irracional tragedia contemporánea.